

# RETÓRICA, CRÍTICA DE LAS IDEOLOGÍAS Y FEMINISMO\*

Cinta Canterla  
Universidad de Cádiz

Tanto en la historia del pensamiento occidental como en la historia de las teorías occidentales sobre el lenguaje humano es dominante aquella interpretación según la cual su función principal es la de servir de medio transmisor de información, interpretándose ésta en el sentido fuerte de conocimiento o saber acerca del mundo. Es cierto que al lado de esta función dominante y, por así decirlo, natural del lenguaje se han reconocido otras dos, la poética y la retórica. Pero se las ha considerado habitualmente como accesorias, esto es, superpuestas al uso corriente y primario, que sería el de expresar de modo subjetivo los conocimientos.

Esta distinción entre tres tipos de discurso, uno de los cuales sería natural y habitual, y los otros dos circunstanciales tiene su origen en Aristóteles. A diferencia del uso *apofántico* u objetivo, el discurso *poético* y el *retórico* tendrían como finalidad, según él, producir determinados estados en el oyente, y por tanto entrarían en el terreno de la subjetividad.

La teoría del lenguaje medieval, en cuanto heredera de Aristóteles, mantuvo esta distinción, haciendo del discurso apofántico el

objeto privilegiado de su análisis. Sólo el Renacimiento, en la medida en que reaccionó contra este logocentrismo medieval, volvió a llamar la atención sobre el uso poético y pragmático del lenguaje en la Estilística y la Retórica respectivamente. Pero las filosofías racionalista y empirista volvieron a dar, a partir del s. XVII, prioridad al uso apofántico y esa ha sido desde entonces, salvo pequeños paréntesis, la tendencia general hasta nuestro siglo.

Ciertamente no puede ignorarse que a partir de la *Logosmystik* del Renacimiento se abre camino, a través de los siglos XVIII y XIX, una corriente que tiene como objeto rehabilitar el discurso *poético* como discurso originario (representada por Vico, Berkeley y el Romanticismo). Esto es, poner de manifiesto que su peculiaridad entronca con la naturaleza esencial del lenguaje humano, que puede ser caracterizado mejor desde este enfoque que desde el que lo hace mero medio de expresión de los conocimientos. Para lo cual va a redefinir el uso poético del lenguaje - cuya finalidad, según Aristóteles, sería la de conmover al oyente- en el sentido platónico de una función originaria de la palabra mediante la cual se originan conceptos que simbolizan o hacen presente lo objetivo. Esta es la teoría del lenguaje de Heidegger, por ejemplo.

Pero en lo que respecta al discurso *retórico* hay que llegar a nuestro siglo para que se plantee la cuestión de si no pondrá de manifiesto también una característica esencial a la naturaleza del lenguaje, presente en todo uso de éste en general. O dicho de otra manera: de si la Retórica puede ser, por tanto, algo más que una mera descripción de recursos destinados a hacer la transmisión de la información más efectiva, para pasar a ser un análisis de la naturaleza pragmática del lenguaje y de las consecuencias derivadas de ello.

La lingüística contemporánea, en la medida en que se mantuvo fiel a los presupuestos estructuralistas de partida, que primaban la lengua sobre el habla, excluyó al hablante y al oyente de sus investigaciones, haciendo del lenguaje un sistema abstracto y cerrado, sin tener en cuenta el carácter esencialmente dialogal de éste. Sólo en los últimos veinte años la tendencia postestructuralista está derivando hacia una consideración pragmática del lenguaje.

Pero en cambio, otras teorías del lenguaje procedentes de ámbitos ajenos a la lingüística pusieron de manifiesto desde principio de siglo que aquel rasgo considerado por Aristóteles propio del discurso retórico - junto al poético - consistente en estar orientado a provocar determinados efectos en el oyente es característico de todo lenguaje en general. Pues lo propio del lenguaje humano consiste, afirman, en articular un universo de discurso en el que puedan encontrarse el yo y el tú, y por tanto, su forma originaria es el diálogo.

La tradición *Dialéctica* heredera del marxismo, por ejemplo, representada en filosofía del lenguaje por Voloshinov, Marr, Schaff, Rossi-Landi, etc., ha definido siempre el lenguaje en términos de acción social, considerando esencial a su naturaleza la dimensión pragmática. En esta misma línea, la *Pragmática* de la escuela de Frankfurt, especialmente Apel y Habermas, también ha hecho hincapié en el papel fundamental desempeñado por el lenguaje para que la interacción social sea racional, insistiendo en que todo enunciado tiene efectos perlocutivos. Finalmente, otra escuela diferente de las dos anteriores por su tradición, como lo es la *Fenomenológico-hermenéutica*, ha llegado a la misma conclusión: son los conceptos comunes, dice Gadamer, los que posibilitan la convivencia social; pero esos conceptos comunes se gestan siempre hermeneúticamente en el lenguaje hablado. La comprensión no es nunca, por tanto, otra cosa que la participación en el significado común, que se articula siempre en el diálogo.

Así pues, para estas tres corrientes el lenguaje es siempre un hecho social; pero no uno cualquiera, sino la condición del horizonte histórico-cultural colectivo. No hay, desde esta perspectiva, lenguaje 'objetivo', en el sentido de un lenguaje 'abstracto', que no tenga presente al oyente: todo lenguaje es siempre lenguaje efectuado, y por tanto dirigido a un interlocutor. Ahora bien, del hecho de que todo discurso tenga presente al oyente no se deriva el carácter retórico del mismo, sino exclusivamente su carácter pragmático. Porque según Aristóteles lo retórico tiene la intención concreta de convencerlo. Pero como Habermas y Perelman han puesto de manifiesto, inclu-

so el discurso de la ciencia tiene intención de convencer: ¿o qué es sino la verdad de un enunciado sino la posibilidad de argumentar su objetividad ante cualquiera?. Se impone así el problema de la distinción entre pragmática y retórica.

El problema del carácter ético de la retórica, que es muy antiguo, ha tenido siempre a la base el de la delimitación entre `buena´ y `mala´ retórica. esto es, entre la dimensión pragmática de todo discurso, habitualmente tenida en cuenta por el emisor en la elaboración de su mensaje, y la manipulación interesada de esta dimensión en interés de la estrategia de dominación del emisor: es este último discurso ideológico el que se considera retórico en sentido estricto.

Así pues, todo uso del lenguaje es pragmático, pero sólo una parte de él es estratégico: Pragmática y Retórica aparecen, de este modo, claramente delimitadas, siendo la segunda el estudio de un uso desviado del legítimo, abordado por la primera. Ahora bien, desde la perspectiva contemporánea, que insiste en que la crítica de las ideologías debe adoptar la forma de una crítica lingüística, Retórica y Crítica de las ideologías coinciden. La Retórica resulta así una disciplina que estudia la dimensión manipuladora del lenguaje. esto es, de los procedimientos que pueden hacer del lenguaje un instrumento de poder.

La distinción entre Pragmática y Retórica en este sentido aparece clara en las tres tradiciones filosóficas citadas. Para Habermas, por ejemplo, la presencia del oyente es esencial al lenguaje humano, y por tanto la pragmática va inescindiblemente ligada a su naturaleza. Pero es necesario distinguir, según él, entre aquel discurso que tiene la intención de hacer participar al oyente de la fundamentación racional en la que el hablante sustenta sus convicciones y aquel otro que sólo está guiado por la intención de convencer al oyente, a veces incluso mediante la mentira, para que actúe de acuerdo con el interés del hablante. Esta es la clave de su distinción entre actos de habla comunicativos (orientados al entendimiento) y estratégicos (orientados al propio éxito) <sup>1</sup>.

---

1 J. Habermas. *Teoría de la acción comunicativa*, Madrid, Taurus, 1987, I, pp 367 y ss.

Pero no sólo Habermas: también Gadamer distingue, partiendo del carácter dialogal del lenguaje humano, entre el discurso que tiene presente al oyente en su elaboración y aquel otro que se sirve de ese carácter pragmático para adoptar una forma que transmita de modo encubierto pre-juicios y pre-conceptos acordes con los intereses del emisor. Este último uso encubriría en realidad un uso ideológico intencionado del lenguaje, basado en la utilización estratégica de los elementos pragmáticos de todo discurso.

Por tanto Gadamer, cuando habla de la necesidad de una teoría de la comprensión que vaya más allá de la semántica y aborde el lenguaje en términos dialogales, hace hincapié en la necesidad de que toda hermenéutica esté en condiciones de distinguir lo que el lenguaje silencia, esto es, el contenido que completa lo dicho y que ha de ser interpretado en función del contexto y de la motivación de todo enunciado, de lo que el lenguaje encubre, es decir, de los prejuicios que transmite de modo velado en defensa de intereses dogmáticos. Toda hermenéutica debe llevar aparejada a la teoría de la comprensión una crítica de las ideologías<sup>2</sup>.

“Podemos concebir esta reflexión hermenéutica - afirmamos como crítica de la ideología que pone ésta en entredicho, es decir, que explica la presunta objetividad como expresión de la estabilidad de las relaciones de poder. La crítica de la ideología intenta explicitar y disolver con ayuda de la reflexión histórica y sociológica los prejuicios sociales imperantes, esto es, intenta deshacer el encubrimiento que preside la influencia incontrolada de tales prejuicios...La crítica de la ideología constituye una forma concreta de reflexión hermenéutica que intenta disolver críticamente un determinado género de prejuicios”<sup>3</sup>.

---

2 G. Gadamer: “Semántica y Hermenéutica”, en *Verdad y Método II*, Salamanca, Sígueme, 1992, Pp 175 y ss.

3 G. Gadamer: “Sobre la problemática de la autocomprensión. Una contribución hermenéutica al tema de la 'desmitologización'”, en *Op. cit.*, p. 122.

Así pues, tanto Gadamer como Habermas coinciden en concluir la necesidad de la crítica de las ideologías tanto para garantizar la objetividad del lenguaje como para salvar la racionalidad y eticidad en la interacción humana. La crítica de las ideologías debe anteecer, pues, como ciencia auxiliar, a la filosofía teórica y práctica. Ahora bien, ambos coinciden también en que esta crítica de las ideologías debe ser siempre una crítica lingüística, porque el lugar natural donde se alojan los prejuicios y las estrategias, esto es, la ideología, es el lenguaje

Pero no sólo la Pragmática de Habermas y la Hermenéutica de Gadamer coinciden en afirmar la necesidad de una crítica de las ideologías que adopte la forma de una crítica lingüística. También la tradición Dialéctica ha insistido en ello. Así, por ejemplo, para Voloshinov, para quien, como ya hemos indicado, el lenguaje es el medio de interacción social por excelencia que condiciona todos los demás, el verdadero lugar donde se aloja la ideología es el lenguaje. La filosofía del lenguaje entendida como crítica lingüística es para él el único modo de hacer una filosofía del lenguaje que contribuya a hacer la sociedad más igualitaria y el conocimiento más objetivo <sup>4</sup>.

Pero la crítica de las ideologías como crítica lingüística, esto es, la crítica del lenguaje usado como instrumento de poder en tanto encubridor de prejuicios constituye, de hecho, como ya he indicado, una Retórica. Por lo que la Retórica se convierte así, desde este punto de vista, en una parte de la Filosofía del Lenguaje, indispensable para garantizar el conocimiento objetivo y la acción racional: entendida como crítica lingüística de las ideologías, esto es, como análisis de los procedimientos empleados para condicionar al oyente en su

---

4 "...la filosofía idealista de la cultura y los estudios culturales psicologistas comenten el mismo error fundamental. Al localizar la ideología en la conciencia, transforman el estudio de las ideologías en un estudio de la conciencia y de sus leyes .. Su verdadero lugar en la existencia está en la materia social específica de los signos creados por el hombre Su especificidad consiste precisamente en su ubicación entre individuos organizados, para los cuales constituye el medio de comunicación " V. Voloshinov *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*, Buenos Aires. Nueva visión, 1976, Pp. 22-23.

concepción del mundo y de la sociedad de acuerdo con los intereses de un grupo dominante, cobra tanto en la filosofía teórica como en la práctica un lugar primordial.

Ahora bien: ¿por qué entonces no se le da en la filosofía el lugar que se merece al corpus teórico más amplio y coherente en el análisis y desenmascaramiento de una ideología - una vez desaparecido el marxismo-, que es sin duda el feminismo?. Mi intención en esta ponencia es poner de manifiesto que las investigaciones en este ámbito no son para nada un movimiento sectario y marginal en su importancia dentro de la filosofía, sino que constituye, como Crítica de la Ideología, un instrumento esencial para garantizar la objetividad de la filosofía teórica y la racionalidad de la práctica. En cuanto que tiene como objetivo desterrar de ellas uno de los prejuicios más sólidamente arraigados en la concepción del mundo del pensamiento occidental: el de la inferioridad por naturaleza de las mujeres.

Además de ello, pretendo también llamar la atención sobre el hecho de que la Teoría Feminista es la única Crítica de las Ideologías - podría discutirse si la Teoría de la Deconstrucción también lo es- que está llevando a cabo dicha crítica desde una perspectiva lingüística, tal como las tradiciones filosóficas anteriormente citadas reclaman. El Feminismo Lingüístico es el corpus teórico de Retórica - entendida como Crítica Lingüística de la Ideología- más amplio y coherente en nuestros días. Pero a pesar de lo extenso de su producción intelectual escrita, la filosofía contemporánea "ortodoxa" la sigue ignorando o, en el mejor de los casos, tolerando de modo paternalista - salvo en muy honrosos casos - como una moda excéntrica que no hay que rechazar para ser modernos, pero que no es necesario tener en cuenta.

Resulta curioso que mientras que la filosofía de nuestros días insiste en la necesidad de una crítica de las ideologías que adopte la forma de una crítica lingüística. se preste muy poca atención a los esfuerzos que las intelectuales contemporáneas están llevando a cabo en este sentido. Podría justificarse esa actitud argumentando que quizá se deba a que los intentos por cambiar el lenguaje llevado

a cabo por las corrientes modernizadoras feministas en los distintos países han ido acompañados de una teorización muy endeble, más política que lingüística o filosófica, lo cual los ha hecho muy vulnerables a las críticas interesadas. Pero esto es válido exclusivamente para los trabajos realizados en el ámbito de la semiótica, porque los relativos a la sintaxis, semántica y hermenéutica del texto, la crítica literaria feminista contemporánea ha alcanzado unos niveles de fundamentación teórica muy elogiados.

La crítica feminista del lenguaje se ha llevado a cabo hasta ahora en tres estratos fundamentales: el semiótico, el sintáctico y el semántico-hermenéutico. A los que habría que añadir, en mi opinión, un cuarto, el pragmático<sup>5</sup>. Con respecto al primero de ellos, el de la palabra, la mayor parte de los esfuerzos han ido encaminados a poner de manifiesto el carácter ideológico de la misma. reivindicando la aparición de denominaciones femeninas. Ahora bien, los intentos llevados a cabo para feminizar ciertos términos (médico-a, presidente-a, ...) han contado siempre con una resistencia argumentada con dos razonamientos que, como veremos, son interesados: 1) el de que se violenta el lenguaje, 2) el de que se lo complica inútilmente.

En relación al primero de ellos, podría contarse la siguiente anécdota. Cuando la Consejería de Asuntos Sociales de la Junta de Andalucía envió a los centros públicos una circular ordenando el cumplimiento de la ley que exige la feminización del lenguaje en los documentos de la administración, se originó una interesante y sesuda discusión en el bar de nuestra Facultad según la cual decir 'presidenta' por 'presidente' constituía una agramaticalidad, puesto que esta última palabra no tiene masculino ni femenino. Pero se pasa por alto que la propia lengua castellana ha dado lugar a marcadores femeninos en términos semejantes cuando ha querido feminizarlos, eso sí, en la línea de las ocupaciones tradicionales de mujeres: 'regenta' (esposa del regente) o 'asistentá' (limpiadora).

---

<sup>5</sup> Cfr. C. Canterla: 'Elementos para una pragmática feminista'. en *Revista de Extremadura* nº 13, Segunda Época. Enero-Abril 1994. Pp. 43 y 55.

De todas maneras, a los puritanos lingüísticos hay que decirles que `presidenta´ con la acepción `mujer que preside´ aparece recogida hace ya muchos años en el Diccionario de María Moliner, con lo que la discusión anterior carecía de sentido. La evolución de las lenguas demuestra que estas acompañan el desarrollo de la concepción del mundo de un pueblo y que su finalidad es ser menos ambiguas desde el punto de vista semántico. Por lo que, en caso de necesidad, la gramática y la lógica pueden entrar en un conflicto que siempre se soluciona a favor de la última.

Cuando se reclama la feminización de ciertos términos, se hace siempre porque existe una necesidad comunicativa de desambiguación, no por esnobismo. Se reclama, así, el uso de palabras como presidenta, pero no otros que hoy por hoy no parecen necesarios, como `amanta´, por ejemplo. Lo que la semiótica feminista pretende no es llamar la atención por llamarla, sino analizar las causas por las que la sociedad se resiste al cambio lingüístico cuando este es necesario, y promoverlo. Les aseguro que si alguna vez en un futuro fuese socialmente necesario decir `amanta´, esta palabra acabaría también en el diccionario.

En cuanto a la segunda de las objeciones, la de que se complica innecesariamente el lenguaje, puede abordarse mediante este otro ejemplo. Existe una fuerte oposición en castellano a desglosar el plural genérico de una palabra en sus plurales masculinos y femeninos, argumentando de que estos últimos quedan ya recogidos en el primero. Pero se pasa por alto que es precisamente esta circunstancia la que hace al lenguaje ser susceptible de un uso ideológico al jugar con una confusión que en ocasiones va a excluir a las mujeres.

Valga como ejemplo: decir vareadores-as, apañadores-as puede parecer una complicación innecesaria. Ahora bien, cuando se explica que esta `complicación´ ha sido necesaria en Andalucía en el convenio colectivo de la aceituna para garantizar la igualdad en el acceso al trabajo de hombres y mujeres, la inutilidad de la complicación queda bastante cuestionada. Porque al ser sustituida, tras la

presión de los sindicatos, la formulación más antigua ('vareadores y apañadoras') - que impedía el acceso de las mujeres a las tareas más cómodas y mejor remuneradas de vareo- por la formulación genérica 'vareadores y apañadores', la ambigüedad de esos términos - a la vez masculinos plurales y genéricos- dieron pie a una interpretación ideológica que hacía de 'vareadores' una palabra referida sólo a varones, y de 'apañadores' un término referido a hombres y mujeres; permitiendo de esta manera el acceso de varones a las tareas de recogida, habitualmente femeninas, pero no el de las mujeres a las de vareo, hasta entonces masculinas, aumentándose, en vez de corregirse, la situación de injusticia inicial.

En realidad lo que la crítica semiótica feminista intenta poner de manifiesto es que la ambigüedad que supone que un término sirva a la vez para referirse al varón y al conjunto de varones y mujeres hace más fácil su utilización ideológica. Y que en ciertas circunstancias es mejor complicar el lenguaje con un exceso de explicitaciones que permitir que pueda ser utilizado de modo retórico para manipular a un extenso colectivo social. En cambio, lo que llega a la opinión pública es la idea de que las mujeres se han vuelto puntillosamente ridículas.

Esta actitud de resistencia se encuentra ya descrita, desde principios de siglo, en la semiótica de la ideología de Voloshinov. Toda palabra -dice él- refleja la ideología de la sociedad que la usa y lleva en ella misma un carácter ambiguo que los que realizan la crítica de las ideologías se empeñan en poner de manifiesto. "La palabra es el signo ideológico por excelencia"<sup>6</sup>, afirma.

En situaciones de crisis social o de cambios sociales, la cualidad dialéctica interna de la palabra se exterioriza abiertamente. La ideología establecida intenta entonces, de modo reaccionario, impedir bien el cambio, bien una situación intermedia en la que simplemente los grupos más revolucionarios ponen de manifiesto su ambi-

---

6 V. Voloshinov, op. cit., p. 24.

güedad y el partido que el grupo social beneficiado extrae de ella. Ante lo cual "...la clase dirigente se esfuerza por impartir al signo ideológico un carácter eterno, supraclasista, por extinguir u ocultar la lucha entre los juicios sociales de valor que aparecen en aquél, para hacer que el signo sea uniacental"<sup>7</sup>.

Así pues, la afirmación según la cual el lenguaje no es ideológico y sólo resulta así visto desde la paranoia de un grupo marginal, es ya profundamente ideológica, porque el lenguaje siempre lo es. El lenguaje siempre es retórico en el sentido de que refleja la concepción del mundo de la clase dominante y además la impone a quienes lo hablan. Por ello, como dijo Voloshinov, se necesita un profundo y agudo análisis de la palabra como signo social, pues la palabra acompaña y comenta todos y cada uno de los actos ideológicos. La palabra no es independiente del intercambio social organizado: refleja la configuración específica de este intercambio.

Esta es la base de su semiótica de las ideologías: "Este poder indicador y representativo de la palabra como fenómeno ideológico...constituirían ya razones suficientes para colocar la palabra en una posición de privilegio en el estudio de las ideologías. Precisamente la palabra presenta la materia más reveladora de las formas ideológicas básicas de la comunicación semiótica"<sup>8</sup>.

Traigo aquí estas citas de Voloshinov no como argumento de autoridad sino para indicar que la crítica feminista semiótica se halla inserta en una corriente de la filosofía del lenguaje que ha reivindicado desde principios de siglo - y buscando sus antecedentes podríamos remontarnos hasta el siglo XVIII- la necesidad de prestar atención al carácter profundamente ideológico de la palabra. Tradición de la que la crítica semiótica feminista debe servirse y en la que puede enraizar su fundamentación teórica.

---

7 V. Voloshinov, op cit , p. 37.

8 V. Voloshinov, op cit , p. 225.

Pero la Retórica feminista no sólo se ha ocupado del análisis ideológico de la palabra. Otras dos cuestiones abordadas por ella, éstas de un modo más extenso y fundamentado desde el punto de vista teórico, son las de si la forma del lenguaje es androcéntrica y si al uso del lenguaje no subyacen los prejuicios de que `el receptor es varón´ `del mismo modo que el emisor suele serlo´<sup>9</sup>. Ambas han sido especialmente tratadas en relación al lenguaje escrito, específicamente el literario: ¿es el lenguaje masculino, en el sentido de que su forma dificulta la expresión del grupo social de mujer?; y también: ¿suele tanto el autor como la crítica identificar al lector universal con el varón?.

Resulta evidente que la idea de que la forma del lenguaje refleja en su articulación un mundo masculino sólo puede ser sostenida por teorías lingüísticas que insisten en el carácter social del lenguaje y su relatividad cultural, en el sentido en que lo hacen, por ejemplo, los neohumboldtianos. Teorías lingüísticas para la cuales el lenguaje tiene una estructura básica universal que garantiza la traducibilidad entre lenguas de comunidades alejadas nunca considerarán verosímil una tesis de este tipo.

Ahora bien, si la sintáxis es tan cultural como pueda serlo la fonética, si condiciona la semántica a la que puede dar cabida y si además resulta ser el reflejo del grupo social dominante, es natural que una sociedad androcéntrica posea un lenguaje cuya forma sea acorde con la concepción del mundo masculina. Que desgraciadamente esto es así lo han puesto de manifiesto las críticas literarias feministas analizando la crítica literaria tradicional, en la que se suele usar un criterio de calidad de `buen lenguaje´ que toma como modelo el discurso ordenado androcéntrico (tal como Derrida lo describe, por ejemplo). Y ello en detrimento de la producción literaria femenina, a la que se minusvalora como `subjetiva´ y `desordenada´.

---

9 Para una primera aproximación a la crítica literaria feminista, cfr. J. Culler. "Leyendo como una mujer", en *Sobre la deconstrucción*, Madrid, Cátedra. 1984; Torial Mor: *Teoría literaria feminista*. Madrid. Cátedra, 1988, y Biruté Ciplijauskaité: *La novela femenina contemporánea (1970-1985)*, Barcelona, Antropos, 1988.

Igualmente, los análisis de esa crítica literaria tradicional han desvelado cómo habitualmente el crítico identifica al lector universal con el lector varón, argumentando, por ejemplo el interés de un texto en el hecho de que refleje `nuestras ocultas fantasías sexuales´(cuando éste trataba, por ejemplo, del hecho de prostituir a la propia esposa). Es evidente que ese `nosotros´ no incluye a las lectoras mujeres. La literatura aparece desde este punto de vista llena de tópicos literarios no válidos para un lector universal.

Ahora bien, si el discurso es en su forma masculino y resulta, por tanto, ajeno y extraño no sólo a la emisora, sino a la receptora mujer, y si además parte del supuesto no cuestionado de que el receptor/lector es siempre varón, el lenguaje resulta hostil a una parte del colectivo social, a la que resulta muy difícil reconocer como propia, e insertarse en, una tradición cultural que la excluye.

En este contexto, la crítica literaria feminista parte de la firme convicción de que las experiencias como mujeres son una fuente de autoridad a la hora de actuar como lectoras, y amparada en ello cree tener derecho a volver a evaluar obras celebradas y rechazadas en la historia de la literatura. Es evidente que desde las circunstancias existenciales de una mujer, obras como *Diario de un seductor* de Kierkegaard, *La insoportable levedad del ser* de Kundera, o *Sexus*, de Henry Miller, por poner sólo algunos ejemplos, se leen de otra manera.

Cuando se adopta el punto de vista de una mujer, tanto la literatura como la propia crítica literaria se muestran demasiado abocadas a enfatizar los caracteres masculinos, los temas masculinos y las fantasías masculinas, quedando así limitada su recepción a lectores masculinos. ¿No resulta esto demasiado acorde con una sociedad patriarcal?. Por ello, la finalidad de la crítica feminista es, de un lado, investigar si los procedimientos, supuestos de partida y logros de la crítica corriente no son ideológicos en el sentido de que contribuyen a preservar el dominio masculino, y de otro, a explorar nuevos procedimientos de análisis y valoración de las obras.<sup>10</sup>

---

10 Cfr. C. Canterla. "Algunos conceptos para una Ginocrítica Literaria", en *Mujer y creación literaria. El Puerto de Sta. María. Fundación L. Goytisolo, 1995*

Es evidente que la crítica literaria se enfrenta siempre al lenguaje literario con los criterios ideológicos del grupo social dominante; en este caso, con los del género dominante. Pero también lo es que el propio lenguaje heredado de la tradición es falocéntrico ya de por sí. Por ello, lo primero que debería hacer la crítica literaria feminista es realizar una crítica lingüística de las ideologías que depure de prejuicios el instrumento del quehacer literario, esto es, el lenguaje. Y en esta dirección, creo que puede ser de mucha utilidad la crítica al discurso occidental llevada a cabo por Derrida en el seno de su teoría de la deconstrucción, en tanto que se basa en la denuncia del logocentrismo de la categorización patriarcal.

Ahora bien, al ser el lenguaje el instrumento por excelencia de todas las ciencias sociales, y al venir siempre la tradición de cada una de ellas bajo la forma textual, todo lo teorizado por la crítica literaria feminista para la literatura es manifiestamente válido para el derecho, la historia y la filosofía, por citar algunas de ellas.

En relación a esta última, por ejemplo, que es el campo en el que trabajo ¿cómo no darse cuenta de que todos los textos escritos en la historia de la filosofía dan por supuesto receptores varones (resultando, por tanto, subjetivos y no válidos para un lector universal), cuando están llenos de argumentos cuasi-racistas que defienden la inferioridad moral, biológica y social por naturaleza de las mujeres?. Me remito, como ilustración, a los que de Nietzsche recogí en mi ponencia *La inmolación femenina en el pensamiento patriarcal. A propósito del concepto de víctima en Nietzsche*<sup>10</sup> de nuestros pasados Cursos de Verano. O en otro aspecto: ¿cómo no darse cuenta del profundo carácter ideológico del lenguaje que se usa, si es que todos los campos semánticos de sus conceptos vienen determinados por la oposición masculino/femenino, identificada con las de orden/desorden, racional/irracional, moral/amoral, social/animal, etc?

---

11 En *Victimología femenina*, Cádiz, Universidad, 1993.

La Retórica Feminista hace, evidentemente, una contribución fundamental a la objetividad de la filosofía teórica en cuanto crítica depuradora de prejuicios. Pero también la hace a la filosofía práctica. Si el lenguaje no garantiza una comprensión intersubjetiva, difícilmente la práctica social podrá estar basada en la racionalidad. Y quizá por qué debería buscarse también el origen de la violencia del colectivo masculino sobre el femenino, especialmente en el caso extremo de las agresiones sexuales a mujeres.

Es evidente que el problema de la violencia sexual sobre la mujer tiene su origen siempre en interacciones en las que no hay acuerdo y en la que uno de los actuantes se impone por la fuerza al otro. Pero también esta violencia tiene su reflejo en el lenguaje, y los estudios pragmáticos de Habermas pueden ser de mucha utilidad para analizar por qué cuando un varón usa el lenguaje de modo retórico, esto es, orientado al propio éxito, en un acto de seducción, por ejemplo, y la interlocutora no acaba actuando de acuerdo con sus pretensiones, esto desencadena una reacción fuertemente agresiva. La Pragmática puede servir para distinguir entre actos de habla de seducción positiva, en los que el emisor tiene en cuenta al receptor a la hora de emitir su mensaje, en el sentido de presentarle como deseable la interacción sexual que desearía, por ejemplo, pero permitiéndole poder responder con un sí o con un no (lo que constituiría un acto de habla comunicativo); y otros actos de habla claramente estratégicos en los que se pretende que el receptor obre de acuerdo con el interés del emisor mediante engaño y ocultamiento de las circunstancias, hasta el punto de que se puede llegar a manipular al receptor hasta el extremo de hacerlo obrar contra sus propios intereses (son estos los actos de habla ideológicos).

Esta claro que en la mayoría de las ocasiones, los actos de habla entre hombres y mujeres no son comunicativos, sino estratégicos. Lo que tiene su origen último en el prejuicio de que la mujer no es un ser racional y en la teoría de la natural superioridad del varón sobre la mujer.

No puedo extenderme más. Pero qué duda cabe que si según Gadamer "...la filosofía, que es siempre, expresamente o no, una crítica del pensamiento tradicional, es ese ejercicio hermenéutico que funde las totalidades estructurales que elabora el análisis semántico en el continuo de la tradición y la conceptualización en que existimos y desaparecemos<sup>12</sup>". Y, además, si "...el conocimiento sólo se da en el lenguaje, la filosofía ha de abordar la tarea hermenéutica de la comprensión, la crítica de las ideologías es una de las condiciones de la comprensión y elemento fundamental de ella<sup>13</sup>"; entonces la Retórica Feminista es, en cuanto crítica lingüística de la ideología patriarcal, de gran utilidad a la filosofía teórica.

Pero, por otra parte, si la Crítica de las Ideologías debe depurar, según Habermas, el lenguaje de prejuicios y estrategias de poder como paso previo a la racionalidad ética y política de la interacción social, la Retórica Feminista presta un servicio fundamental a la filosofía teórica. La Retórica Feminista o Crítica Lingüística de la Ideología patriarcal constituye, pues, un campo de trabajo de vital importancia para la filosofía.

---

12 G. Gadamer: "Semántica y Hermenéutica", en *Op. cit.*, p. 179.

13 G. Gadamer; *Ibidem*.